

Manuel Jorge de Aragoneses y la Arqueología Toledana

Por FERNANDO JIMENEZ DE GREGORIO

La estancia en Toledo de Manuel Jorge de Aragoneses, ha sido fructífera; en los pocos meses que permaneció en nuestra ciudad ordenando e instalando el Museo Arqueológico, realizó esta ingente labor con la habilidad y pericia en él acostumbradas, con el gusto eficaz con que ha venido disponiendo otras colecciones que pregonan por buena parte de la geografía Peninsular, ese sentido de equilibrio, de belleza, que De Aragoneses posee en alto grado.

Con dinamismo ejemplar dió a las salas del Museo nuevos perfiles, las hizo cómodas, gratas, fáciles, sencillamente posibles al exigente investigador como al curioso que, rápidamente, quiera pasar por ellas.

Completó su interesante labor escribiendo una *Guía del Museo Arqueoló-*

gico de Toledo (1), en donde se recoge la nueva distribución del valioso material.

La visita al Museo Arqueológico es obligada si se quiere tener una idea del pasado toledano y la Guía, sabiamente hecha, viene a facilitarla.

Su erudita introducción es una historia exhaustiva del Museo. Se estudia en ella el edificio y las once salas distribuidas, respectivamente, en prehistoria y arqueología romana, visigoda —con dos salas, la II y III—, árabe, mozárabe, hebrea y mudéjar. Medioevo cristiano, artes industriales modernas, pintura flamenca de los siglos XV y XVI, española del XVI, del XVII, de los siglos XVIII-XIX. Se anotan las piezas conservadas en la Biblioteca y en la Dirección del Establecimiento.

Termina el texto con una extensa e interesante bibliografía del Museo y de las colecciones que en él se guardan.

Finalmente, con profusión, se dan en magníficas fotografías las más notables salas y piezas.

Mas la actividad de Manuel Jorge de Aragoneses, no se limitó a los trabajos antes referidos, algo más interesante con serlo mucho lo expuesto, da a conocer en su segunda publicación toledana (2), en donde se recogen y estudian unos fragmentos, por él encontrados, del primer Credo epigráfico que se conoce en el mundo. Ha sido Toledo, con sus inmensas reservas arqueológicas, la ciudad en la que ha aparecido este primer testimonio de la fe Católica frente a las herejías del alto Medioevo. Debió campar la interesantísima inscripción en el interior del ábside de Santa Leocadia, en la Vega Baja.

Con sencillez, no carente de emoción, De Aragoneses refiere cómo encontró el notable fragmento en la Vega Baja, en cuyo subsuelo yace una buena parte de la historia de la España visigoda.

En esta publicación se hace referencia a otro hallazgo príncipe: fragmentos de un altar visigodo de nicho, de bella factura.

Estas piezas y algunas más, igualmente visigodas, son estudiadas por el autor que comentamos, el que sintiendo el problema arqueológico de Toledo, llega a importantes conclusiones, entre las que destacamos: el deber de guardar el subsuelo de la Vega Baja, para en él, antes de que el ensanche natural de la ciudad lo cubra, realizar metódicas excavaciones que nos devuelvan los tesoros arqueológicos que posee.

Aplauso sin regateo merecen estas publicaciones, que vienen a incrementar la bibliografía toledana en una de sus más notables facetas: la arqueológica. Toledo es, en buena parte, pasado todo lo que sirva para enriquecer y valorar su conocimiento, es meritorio y digno de gratitud.



(1) Publicaciones de la Dirección General de Bellas Artes. 1927. 199 págs., 13 láminas, 16 planos.

(2) *El primer credo epigráfico visigodo y otros restos coetáneos descubiertos en Toledo*. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto «Diego Velázquez», Archivo Español de Arte, núm. 120, 1957). 30 págs., 4 láminas.